

APOLLO

AÑO V

Número 36



☞ MONTEVIDEO ☞

☞ FEBRERO DE 1910 ☞

APOLO

PUBLICACIÓN MENSUAL

Se envía libre de porte

A CUALQUIER PUNTO DE LA REPÚBLICA

Suscripción anual \$ 1.80 oro

La colección completa de APOLO, encuadernada

lujosamente en 3 tomos, vale \$ 10.50

== QUEDAN POCOS EJEMPLARES ==

Gran Novedad Literaria - - - - -

El Jardín de las Quimeras {
Las Horas que Pasan - { - - POESÍAS - -

- - - De Francisco Villazpesa - - -

Precio de cada tomo \$ 0.75

LOS SUSCRIPTORES DE APOLO OBTENDRÁN EL 10 0/0 DE REBAJA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Agente en Montevideo: Luis Pérez, Administrador de Apolo

Pérez y Curis

Heliotropos

0.40 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

PEREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo: 0.50 el ejemplar

APOLO

Suscripción anual: pesos 1.80 oro

en toda la República

En el exterior: pesos 2.20 oro



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO V

Montevideo, Febrero de 1910

N.º 36

Ética del Tiranicidio

No hay moral superior ni anterior á la moral que emana de la necesidad superior y anterior de la propia conservación. Subsistir es el primer mandato y la primera ley de la naturaleza. Esto es verdad sin reserva y sin limitaciones en el yo elemental. En el yo social y mental esta necesidad está subordinada ó controlada por sentimientos, pasiones é instintos que constituyen lo más bello, lo más noble, lo más fecundo y lo más formidable del ser humano. Subsistir continúa siendo la indescartable orden suprema, pero la dignidad, el honor, el respeto propio, el orgullo, la decencia, la desconocible tendencia á la desanimalización, á medida que la bestia se eleva por la generosidad y se espiritualiza por la cultura, le dictan términos más imperiosos aún que ella misma. Hay una cosa que se llama la conciencia humana, último y con frecuencia solo y verdadero Tribunal de vida ó muerte.

Como el primer interés de la naturaleza es la conservación de lo que ha creado, porque sus creaciones tienen un objeto que nosotros no alcanzamos, pero cuya importancia podemos presentir por las fuerzas protectoras y misteriosas de que rodea su obra, la primera moral es sin duda la que se inspira en la más plena satisfacción de ese interés. Por ello, no matar es el primer principio de moral, proclamado lo mismo por los dioses que por los hombres, porque él encierra íntegra la moral de la naturaleza, la moral fundamental de la humanidad. En definitiva, la naturaleza no tiene más principio absoluto de moral que la conservación de su obra. La vida es la base y la madre, es el vientre, es la fuente. En la preservación de la propia existencia, están todos los orígenes de la moral y del derecho. La naturaleza mata, pero la muerte consumada por la naturaleza es vitalmente esencial á la perennidad de las especies. La muerte del individuo, dice Weismann, es tan útil á la raza, que la selección natural ha exterminado lo potencialmente inmortal en todas las especies, excepto en las más inferiores.

Toda la historia del progreso humano está en la lucha secular del hombre contra las fuerzas destructoras de la existencia. La civilización es mensurable por el grado de duración y conservación de la vida. La más completa eliminación de todos los agentes mortíferos equivale sin disputa á la más completa y mejor entendida civilización, como la mayor aptitud para la propia protección es el privilegio de ese magnífico elegido que se llama el más fuerte. Hay civilización allí donde los más activos y temibles agentes de la muerte, las enfermedades, las epidemias, los vicios, los fanatismos, las guerras, las tiranías, han sido al cabo, en la mayor medida posible, vencidos y proscritos. Combatirlos y vencerlos ha sido la grande hazaña humana, á través de siglos de magnos y pacientes é incesantes esfuerzos.

La ciencia ha acabado con las epidemias, ó ha puesto en las manos del hombre los medios de prevenirlas; ha disminuido el número de las enfermedades, cura la mayor parte de ellas, y ha dado al hombre los medios de prolongar la existencia, atacada por la enfermedad incurable. La educación y la instrucción pública destruyeron los fanatismos. Una mejor apreciación de los propios intereses, la temibilidad de los armamentos modernos, el desarrollo de la amistad entre los pueblos, el arbitraje, han hecho de la guerra la posibilidad más remota en los conflictos internacionales. La democracia ha exterminado las tiranías y consolidado la paz doméstica de las Naciones. En suma, el triunfo es de la vida.

Entre los agentes de la muerte, ninguno probablemente es más potencial que el despotismo. Ni el cólera, ni el hambre hacen tantas víctimas en Rusia como la autocracia. Además, después de todo, estos flajelos no son sino cortejo natural de aquel despotismo asiático. Una repentina epidemia acaba de matar en la cárcel de Kiew trescientos prisioneros políticos. Las guerras promovidas por los despotismos que registra la historia de todos los tiempos, han causado incalculablemente más cadáveres y más estragos que todas las epidemias de que se tiene memoria desde los tiempos bíblicos.

¿Qué es el despotismo? En los más simples términos de exactitud y realidad corroborables por quien quiera que no sea un inconsciente, el despotismo es un monstruo que devora cuanto existe, hombres y cosas, grandes cosas, instituciones, costumbres, caracteres, virtudes, riquezas, patrimonios nacionales. El despotismo es la mayor capacidad posible para realizar el mayor daño posible, y el más irreparable, sin piedad y sin responsabilidad alguna, como un incendio ó una tempestad. El despotismo es el mayor azote del género humano. El déspota puede disponer en cualquier momento y á su antojo, sin motivo alguno y sin consecuencia alguna, de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestro tesoro, de vuestra vida.

Vuestra propiedad, no importa cual sea, no es vuestra sino de él, porque él es el amo, el dueño, el verdadero y único poseedor de todo. Lo que tenéis, no importa qué sea, es vuestro mientras á él no se le ocurra quitároslo, despojándoos y dejándoos desnudos, deshonrados y crucificados, en la vía pública, compadecidos acaso por el miedo, pero de seguro por el miedo injuriados y apedreados. No es imaginable un agente de la muerte capaz como él de tanto mal. Un día el tirano, cansado de comunes y familiares perversidades, estragado del crimen cotidiano, amanece con el capricho de concluir de una vez, de hacer de todos un solo enorme montón de muertos y despojos y gozar la sensación extraordinaria de una catástrofe máxima. Y es entonces el incendio de Roma. Los horrores del cesarismo romano, como los del cesarismo ruso, y los del cesarismo hispanoamericano, dicen mejor que la más alta pluma en qué medida la tiranía sacrifica los intereses humanos y viola y burla los más sagrados designios de la Naturaleza. «Me río,—dijo un tirano romano,—porque pienso que á una señal mía todos podéis ser degollados.» Entre los papeles secretos de otro de estos monstruos, se encontraron, al morir, dos larguissimas listas de condenados á muerte, las dos bajo títulos distintos: *Por el puñal*, encabezaba la una; *por el veneno* la otra, y en las dos se encontraba lo más granado de la ciudad imperial. Cuando otro de estos monstruos murió, los venenos que guardaba, echados al mar, envenenaron las aguas en una inmensa extensión. Otro de ellos gritó un día su deseo de que el género humano tuviera una sola cabeza para cortársela. Estrada Cabrera, en Guatemala, asesina por docenas y, ebrio de sangre, su cuchilla, no distingue entre los sexos. Cipriano Castro, en Venezuela, encarcela al Médico que denuncia la aparición de la peste bubónica en La Guaira, ordena á un médico, ó venal ó pusilánime, ó simplemente imbécil, que niegue la epidemia, declara sobre este dictamen perfecto el estado sanitario del puerto infestado, y cuando un mes más tarde es ya completa la invasión del flagelo, y general su reinado, todavía retiene la proclamación que reconoce y publica el espantoso peligro, para que pueda efectuarse, días después, una fiesta en que él va á hartarse de placer y de animidad.

La lucha bajo la tiranía es meramente una lucha por la propia existencia. El tirano os devorará en una cualquiera de sus mil formas de exterminio, ó por la cárcel, ó por el destierro, ó por la miseria, ó por la guerra, ó por el suicidio, ó directamente por el asesinato. Y no vale que seáis amigos del tirano, y lo aduléis, y abdiquéis abyectamente en sus manos todos vuestros atributos. Eso no os protege contra el tirano. Como él es absoluto y todopoderoso, é irresponsable, su facultad de hacer daño persiste lo mismo sobre vosotros, sus fámulos, que sobre los indiferentes y los rebeldes. Vuestra bajeza no lo desarma, y así como os ha hecho ricos en un momento, en un momento puede arrebatároslo lo que os dió, porque es de él lo que quiera que os haya dado, porque él es el amo, el único amo y señor de vidas y haciendas. De carne y sangre de inválidos están llenas las garras de la tiranía.

Bajo el despotismo surgen estas cuestiones: ¿cómo suprimir al déspota?

¿puede perderse tiempo en suprimirlo? ¿es dable la elección de los medios de supresión?

La sociedad tiene un código que castiga los crímenes cometidos por sus miembros. El despotismo es perpetrador incesante de todos los crímenes que estos códigos castigan, matar el primero de ellos. El tirano no es alcanzable por la justicia social, pero la sociedad, indefensa, está al alcance de todas sus depredaciones. Razonablemente, el mandamiento: *no matarás*, es aplicable al tirano? La razón humana dice que este principio fué instituido para protección de la humanidad, y que es contradictorio con sus fines el pretender que él proteja á los enemigos de la humanidad. *No matarás*, pero la humanidad, como la naturaleza, por necesidad de conservación, es decir, en cumplimiento de los fines para que el principio fué instituido, vive matando. Amparar al tirano bajo el Decálogo es traicionar el interés supremo de la naturaleza por la conservación de la especie. Amparar al tirano bajo el Decálogo es condenar á la victimación y á la muerte legiones de inocentes, es perpetuar la agonía de la sociedad, es renunciar el derecho indeclinable de la propia defensa y el indeclinable deber de la propia conservación. El suicidio es inmoral porque burla los designios de la naturaleza. La absolución del tirano es en realidad un suicidio. Mientras él viva nuestra vida depende de él, está en sus manos. Si nos la quita es más nuestra culpa que la suya. Su golpe es tan certero, y es tan seguro que lo descargará, que debemos esperararlo á cada instante. El puñal de Estrada Cabrera llegó hasta México. Es, pues, crasa torpeza dilatar su eliminación. Es igualmente estúpido vacilar ó descriminar acerca de los medios de ejecutarlo. Lo que importa es la mayor expedición y la mayor seguridad del resultado. Es simplemente una cuestión de vida ó muerte, ni más ni menos que la lucha á brazo partido con una fiera en el bosque. En estas circunstancias ó matamos la fiera ó la fiera nos mata. Es más aciago aún la lucha con el tirano, porque sobre la fiera tenemos la inteligencia, mientras que el tirano tiene sobre sus víctimas todos los recursos del poder, que constituyen la omnipotencia. Contándonos su hazaña el matador de Lili, observé que ponía todo el énfasis de su narración en un comentario que aparecía y reaparecía insistentemente en todos los momentos de su historia: «Yo sabía que estaba en lista y que mi turno era simple cuestión de tiempo. Y antes de que me matara lo maté.»

El tiranicidio no es, pues, sino un acto de propia conservación por parte del individuo y de la sociedad, y equivale en sus consecuencias á una revolución. La revolución contra un despotismo no es sino un acto de reacción; es decir, de defensa, y al propio tiempo de esfuerzo por una transformación en que la vida sea más posible.

Si la sociedad tuviera sobre el tirano la acción que tiene sobre los malhechores comunes, el tiranicidio no sería necesario, pero estando como está sobre la sociedad, el tirano no es alcanzable sino por la muerte. ¿No siendo enjuiciable, puede discutirse que sea ajusticiable?

Los moralistas, almas cuyo fondo está todo hecho de tiniebla religiosa, protestan, y solemnemente juran que el tiranicidio es un crimen, que el dogma ordena no matar, que el asesinato no es ni puede ser elemento de salvación de los pueblos.

Esta peroración es toda teórica y retórica, y da pena ver cómo cae aplastada por el hecho incontestable de que no se trata de un torneo académico, sino de un peligro inminente, una batalla á muerte entre el tirano y la sociedad, y entre el tirano y cada uno de los individuos de la sociedad.

No puedo discutir aquí la pena de muerte, pero absolutamente sostengo que el tiranicidio no es otra cosa que la pena de muerte extrajudicialmente aplicada por uno ó más individuos á nombre de la sociedad y en ejercicio del mismo derecho por el cual la sociedad mata judicialmente, el derecho de la propia defensa y la propia conservación. Con aparatosisidad que los tiempos han venido modificando, pero á la que resta siempre un sombrío carácter de gravedad, de importancia y de impotencia en armonía con la significación y la trascendencia del hecho, la sociedad ahorca, electrocuciona, ó guillotina á los autores de cierto delito atroz que los códigos llaman asesinato en primer grado. No hay grado en que el tirano no asesine, ni atrocidad criminal que él no cometa con infernal espíritu de saña y de crueldad. ¿Es entonces humanamente sostenible que matarlo es un crimen, no siendo como no es enjuiciable, y siendo como son del todo impotentes el individuo y la sociedad para librarse de él de otro modo que por los medios violentos con que el animal racional se defiende del animal irracional?

Reduzco, como se ve, la cuestión á su fórmula más simple, más elemental, más básica, á una mera cuestión de lucha desesperada por la existencia. No hablo de dignidad humana, ni de intereses sociales, ni siquiera de intereses morales ni de patria. De cuanto es sumo en los esmeros del alma humana, no digo una palabra. Así planteada la cuestión, puede discutirse todo, la forma de muerte inclusive, menos el derecho perfecto de la sociedad y del individuo á sacrificar al tirano.

La sociedad no castiga con la muerte ciertos delitos porque tiene á su al-

cance otros medios de castigo que ha juzgado suficientes á los fines de la pena rectamente entendidos: la cárcel, los trabajos forzados, la prisión perpetua; pero es claro que si estos medios de defensa no estuvieran á su alcance, la sociedad penaría esos delitos con la muerte. El tirano comete todos esos delitos, los comete á diario, á diestro y siniestro, en todos los sexos y todas las edades, con la audacia y el escándalo á que la impunidad lo estimula. El tirano no es encarcelable. ¿Puede cuestionarse el derecho de la sociedad á detener de un hachazo la mano exterminadora?

Por lo demás, no es ni más ni menos que ocioso el disquisicionar sobre si el tiranicidio es salvador ó no de la sociedad. Esta especulación es oportuna, si alguna vez lo fuere, sobre el cadáver del tirano, no bajo su hierro suspendido sobre nuestras cabezas. Lo estupendo es que los que discutan el tiranicidio no discuten la guerra civil para derribar al tirano. Se arguye que tras un tirano suprimido por el asesinato otro tirano surge. Pero yo redarguyo que no se ha hecho todavía el experimento del tiranicidio sistemático, que contra la serie de tiranos impunes no se cuenta todavía una sola serie de tiranos sistemáticamente inmolados. Si el tiranicidio no salva políticamente á un pueblo, es incuestionable que lo salva vitalmente, haciendo así posible en lo futuro las regeneraciones de la paz y la libertad.

Lo social, lo moral, lo natural, lo vital bajo la tiranía es el tiranicidio.

Nueva York.

Jacinto LÓPEZ.

Nuestros colaboradores

PAISAJE



JUSTO DEZA

Campos de trigo, olivares,
parras, y bajo las parras,
jarras frescas y guitarras
y somnolientos cantares.

La tierra es una gitana
—pelo negro y clavel grana—
desnuda al sol, que envenena
la sensualidad del viento
con su lascivo y violento
olor á carne morena.

La polvareda asfixiante
es como la roja flama
de un horno encendido, y el
aire cálido y fragante,
es una boca de llama
que al besar quema la piel.

FRANCISCO VILLAESPEA.

Leyendo "Ecos de ausencia"

Para APOLO.

Ningún hombre puede merecer tanto mi admirativa simpatía como aquel que trabaja complacido creyendo descansar del trabajo. Vivir en irreductible intimismo con una grata voluntad, sonriéndole como á una hermana y derivando á la vez de su fecunda bondad satisfacciones que pasen por uno mismo y trasciendan hasta los demás, no es don que á todos fuera concedido. Uno de los suramericanos poseedores hoy de tal distinción, es el poeta colomboargentino Eduardo Talero. Acabo de leer su libro último. Como otros libros suyos éste representa horas perdonadas por la exigente labor del funcionario y del periodista, horas convertidas por esta vez en colección de muy agradables y bien trazados cuentos.

En *Ecos de ausencia* mal hubiera podido faltar la nota escrita cariñosamente en memoria de la primera patria. Talero guarda para sí aromas de las selvas colombianas, visiones de nuestra vida tropical y tono de nuestros cantares; así, los primeros ecos repetidos por ese corazón de ausente poeta al dictar su libro, han sido para nosotros. Los demás cuentos escritos pensando en episodios y lugares de que el autor conserva recuerdos valiosos, acreditan un espíritu reconocido para con todo lo que alguna vez le hizo el ofrecimiento de una estimable impresión.

Y en Talero casi toda impresión se grava fuerte y hondamente. A esa base y con el elemento de un expresar vigoroso y notable por su precisión, consigue que sentimiento y colorido sean tan virtuales al llegar al pico de la pluma como cuando salieron de la floresta espiritual. Su manera de decir, concreta sin sequedades y pintoresca sin superficialismo, logra, cuando es el caso, intermediar las palabras con una propicia y halagüeña sugestión. Gracias á lo primero derivamos de *Vidas bravias*, por ejemplo, tan claro ver como si hubiéramos asistido al drama ribereño: nos conmovemos tan de veras como si hubiéramos visto sepultar á la Carmela. Indudablemente debido á lo segundo, en *El deleite de morir*, y en *Se sigue amando*, el fantasma en cuya amigable aquiescencia hay diluída una leve gota de humorismo, recrea nuestra percepción con lo que sabe decir entre líneas.

Talero posee una fantasía muy apreciable, una rara generosidad que en su obra se transparenta, una alma sana y una inteligente manera de trabajar con que ha sabido adaptarse á las actividades de la vida en el ambiente por él escogido. Ha hecho, según ya dije, de su voluntad una compañera fecunda y de su perseverancia en la labor una virtud en que está su mejor goce. De todo nuestro continente y también desde ultraamérica, le llegarán voces de parabién; pero en la que para terminar estas líneas dejo consignada, deseo halle el poeta un eco fraternal que va desde su lejana tierra.

ALBERTO SANCHEZ.

Baladas de la tarde

EFÍMERAS

Botón que muere en la rama
sin haber llegado á flor;
suspiro preso en los labios;
nota que no tuvo són.

Con el ritmo de la hoja
que el viento otoñal llevo,
la pena de vuestra pena
pondré en doliente canción.

Y en esa canción la historia
de aquel desdichado amor;
botón que murió en la rama
sin haber llegado á flor.

CREPUSCULAR

Cada tarde cuando muere
alguna ilusión me arranca,
por eso al caer el sol
siempre hay en mis ojos lágrimas.

Las negruras de la noche
tras la luz de la mañana...
Tras la ilusión venturosa
la desilusión amarga...

Hay, cuando agoniza el día,
una agonía en mi alma;
cada tarde cuando muere
alguna ilusión me arranca.

Luis de OTEIZA.

Soneto

en alabanza de los de D. Luis de Góngora

En tu jardín pacífico y secreto
sabes juntar en bienoliente ramo
catorce rosas ¡oh maestro y amo
del verbo noble y el pensar discreto!

Sagital ironía, bravo reto
y amoroso, ternísimo reclamo,
son tus finas espadas. Yo te amo
por la magia sutil de tu soneto.

Por su cadencia y majestad bravía
me parece bajel que á toda vela
rompe las olas cuando muere el día;

con la proa al ocaso recto vuela,
y atrás deja una vaga melodía
y un aroma de flores como estela.

Enrique DIEZ-CANEDO.

Las bodas del caballo de oros

Para Apolo.

Erase que se era un mazo de barajas, virgen todavía del contacto de manos pecaminosas.

Todas las cartas eran á porfía hermosísimas; pero la más gallarda, la que se llevaba la palma por su donosura, la mejor acicalada, era la sota de espadas. Vestía casaquilla argentada con alamares de oro, cuello de volados cual damisela de la corte de Cosme de Médicis, y mangas acuchilladas de raso celeste. De los hombros se descolgaba airosamente una artística capa de seda gris perla y su cabeza era cubierta por bellísima gorra de vellorí azul, ornada de tenues plúmulas de oropéndola, prendidas al desgaire con abigarrado broche de piedras preciosas.

Todos los varones del mazo, la cortejaban, luchando con ahinco por conquistar tan precioso tesoro.

¡Vanos anhelos! El preferido de la graciosa esquivia era el caballo de oros.

Artístico yelmo de acero y esmalte glauco de cuya sobrecalva arrancaba elegante y cimbrador plumón negro de avestruz, cubría su cabeza, dejando ver por la visera alzada parte del rostro varonil. Su cuerpo ocultábalo fortísima armadura de Milán; peto cortante con arabescos de oro y el ristre de afianzar la manija de la lanza en las justas y torneos de puro bronce; espaldar del cual arrancaban los escamados guardabrazos. En las piernas los quijotes y las esquinelas hasta terminar en los escarpes ferrados á manera de pico de albatros.

El corcel no menos lujosamente

aparejado ostentaba toda la barba afestonada, que guarnece al cuerpo; y si lujosos eran el pretal y las testeras, no le iban en zaga el ataharre lleno de áureos borlones y mucho más las gruperas caídas que ceñían las ancas robustas.

Mucho tiempo hacía que ambos amantes acechaban la ocasión de encontrarse á solas para unirse en indisoluble lazo.

El príncipe Boris de Argento-vich daba una fiesta en su hermoso castillo de Perm con motivo de su enlace con la gentil gran duquesa Gregorowna de Ivanhoff.

Después del banquete nupcial, mientras las damas se aderezaban para el baile que iba á efectuarse en los regios salones del castillo, los caballeros se dispusieron á jugar á las cartas para hacer tiempo.

Comenzó el juego. Boris, encargado de tallar, estaba en desgracia.

Al poco rato, el príncipe que ya había perdido ingentes sumas, nervioso y airado con la suerte que tan adversa se le mostraba, arrojó sobre la mesa, la sota de bastos y el caballo de copas, diciendo:

Al caballo juego mi castillo contra todo lo que he perdido.

—Aceptado, contestó impertérrito un caballero búlgaro que hasta entonces no había jugado.

Con mano firme el príncipe, acostumbrado á este linaje de aventuras, oprimió las cartas y

las hizo deslizar pausadamente una por una.

De pronto un tenue estremecimiento recorrió su cuerpo. Debajo de la primera carta había entrevisto las plúmulas de la gorra de la sota de espadas; lejos de inmutarse, con audaz juego de manos, corrió la sota dentro la manga de su jubón. Debajo apareció el caballo de oros. El príncipe había recuperado lo perdido.

El caballero búlgaro, que no perdía de vista á Boris, cogió el caballo ganador y lo guardó en su cartera, diciendo:

—Lo conservaré como recuerdo de la noche de bodas del grande y generoso príncipe de Argentovitch!,

Los salones rebosaban de lindas jóvenes, nobilísimas matronas y linajudos caballeros. Se esperaba la cuadrilla de honor con la que los recién desposados y tres parejas más iban á iniciar el baile.

La orquesta hizo oír los primeros acordes de una caprichosa música tzingana y los bailarines se dispusieron á comenzar la danza. Ya daba el príncipe los primeros pases de uso, cuando al efectuar un primoroso balance, enredásele el fino encaje que rodeaba su bocamanga en un manojo de *aigrettes* de la dama que con él hacía la figura y se le rasgó hasta el codo.

Con asombro de todos los circunstantes, la sota de espadas, libre de su prisión cayó al suelo. Todos miraron á Boris esperando una explicación de lo ocurrido. Este, repuesto de su sorpresa iba á empezar un discurso cuando el caballero búlgaro adelantóse ceremoniosamente y dijo:

—Señor príncipe de Argentovitch, ya que el destino ha queri-

do descubrir la artimaña de que os habéis valido para ganarme, yo, Sigfredo de Spielborg, os devuelvo el naípe que había guardado como delicado recuerdo de vuestra noche de bodas, para que él os sirva de tarjeta de presentación ante los infames, follones y malandrines de los cuales seréis el rey con sólo desearlo;—y arrojó sobre la alfombra el caballo de oros.

Dicho esto fuese y con él todos los presentes, dejando al príncipe como petrificado.

¡Solo quedó Boris de Argentovitch la noche de sus bodas!

En la alfombra roja de la sala de baile, una sobre otra estaban las dos cartas!

También estaban solos en sus esponsales el caballo de oros y la sota de espadas!

OTTO MIGUEL CIONE.



PLÁCIDA CIBILS HILL

Tritoniada

Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado !
El mar es mi padre augus o... deja, deja que recuerde :
En los viejos episodios, fui tritón, enamorado
de una joven oceánida oji-verde.

Sus cabellos impregnaban de su olor mi cuerpo todo,
cuando trémulos mis brazos musculosos la ceñían ;
sus cabellos algas eran verdinegras, que de iodo
y de ozono, los perfumes embriagantes despedían.

Qué dichoso si los besos de sus labios escarlata
se posaban en mis labios, descendían por mi tronco,
y erizando de deleite mis escamas de oro y plata,
inspiraban á mi oblicuo caracol su canto ronco !

Cuántas veces en la noche, de la luna á los reflejos,
en la roca hospitalaria más distante y más esquiva,
constelada de rojizos carapachos de cangrejos,
entregábase á mis ansias, melancólica ó lasciva...

Cómo hendíamos las olas irritadas ó serenas,
con su mano entre mi mano y en la suya mi pupila,
y qué dulces serenatas nos brindaban las sirenas
en los hoscas arrecifes de Caribdis ó de Scilla !

.....
Quién dió muerte á mis venturas? Un delfin gallardo y bruno..
— Te burlaron !— Me burlaron —Te vengaste?— Sabiamente!.
Demandando su tridente formidable al dios Neptuno
los clavé sobre mi lecho de coral con el tridente !

Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado !
El mar es mi padre angusto... deja, deja que recuerde :
En los viejos episodios fui tritón, enamorado
de una joven oceánida oji-verde...

Amado Nervo

Prólogo

De «Cantos de la mañana» de la poetisa Delmira Agustini

La creadora de belleza que ha concebido estas rimas extrañas, de gracia intensa y ubérrimo colorido, es una de las figuras más gallardas y complejas de nuestra lírica actual. No es la suya un alma puramente sentimental, de esas que sufren el contagio de la ajena angustia, ni su arte fruto no más del subjetivismo que encanta y conmueve; su poesía ofrece por igual las íntimas exhalaciones del alma humana y de la naturaleza, convertidas en imágenes de alto sentimiento estético. Su talento musical y su virtuosa imaginación aparecen de consuno hasta en sus más pequeñas manifestaciones de arte.

¿No percibís la frescura y el juvenil perfume que emanan de este título: CANTOS DE LA MAÑANA?

¿No os place la armonía de ese frágil heptasílabo que acusa jovialidad?

Tal delicadeza innata en la poetisa hace *pendant* con su léxico florido. Luego, la amplitud del concepto y la belleza plástica, que caracterizan á la poesía moderna y revelan al verdadero poeta, coexisten en estas estrofas donde el hábil é inquieto numen de la artista juega á la originalidad en periodos de elegante construcción, á veces mórbidos y atormentados, más siempre ricos de fausto y sonoridad. Porque si bien

Delmira Agustini gusta dotar á sus versos de una grande alma peregrina como la suya, no olvida, por eso, el encanto de la dicción ni el sortilegio del ritmo que tan bellas cosas sugiere á los espíritus contemplativos de nuestra época.

En CANTOS DE LA MAÑANA, como en EL LIBRO BLANCO: su hermano mayor que tantos lauros conquistó entre los literatos hispanoamericanos (1), hay variedad de motivos y matices. De ahí la complejidad de esta gran Elegida que florece en nuestro ambiente como una orquídea en un vasto jardín inundado de rosas.

El versilibrismo de algunas de las composiciones que constituyen este opúsculo es armonioso y personal, sin caer en el abismo de la extravagancia á que están expuestos los que creen hallar en él hondos veneros de originalidad. *Las alas* y *¡Vida!* son creaciones que confirman ese concepto: el verso es suave y á la vez vigoroso, y su sentido profundo y original.

Los versilibristas contemporáneos se distinguen por sus estrofas monorrimas y sus cláusulas hiperbóreas. Y eso se explica porque el verso libre, no obstante su absoluta libertad, resulta aún más difícil para el poeta-orfebre que odia las asonancias y ama hasta el paroxismo el sereno desgranamiento de sus rimas.

(1) Debo dejar constancia aquí de que dicho libro no traspuso las fronteras del país. Los juicios de escritores extranjeros insertos al fin de la presente obra son parte de los recibidos por su autora y fueron enviados espontáneamente é inspirados en algunas poesías publicadas por revistas nacionales.

Delmira Agustini, que ha ensayado con felicidad todas las combinaciones métricas, maneja admirablemente el verso libre, melodizándolo, y engrandeciéndolo en ideas lo que la métrica y la rima restringen al pensador. Pero donde más se luce su maravillosa intuición de artista es en el dominio del soberbio alejandrino. Leed *La barba milagrosa* y *Supremo idilio*, boceto este último que es todo un suntuoso poema en que impera el pensamiento y fluye la melodía fresca y jocunda como el cristal de un río... Los hemistiquios de ese poema son tan perfectos y han sido cincelados con tal primor que concretan la consagración de su autora.

Yo no encuentro entre las poetisas autóctonas de América una sola comparable á ella por su originalidad de buena cepa y por la arrogancia viril de sus cantos. Otras hay, más dadas á la poesía amatoria y madrigalesca, que me halagan el espíritu y dejan en el fondo de mi corazón una estela de dulzuras infinitas. Pero el poeta debe cantarlo todo: un paisaje, un idilio, la alegría de las mañanas primaverales saturadas de perfumes y la insondable tristeza del invierno que todo lo arropa en su vello de brumas. Y, como no ha de seguir una pauta en sus inquietas lucubraciones ni ha de ceñirse á normas preestablecidas, su emotividad y

su genio creador exhiben sus desnudeces y exaltan la vida. Porque el poeta es ante todo un sublime exaltador y no un pasivo observador de las cosas.

Delmira Agustini, que ha cantado con el mismo afecto sus paisajes interiores y todo aquello de la naturaleza que ha arrancado zalemas á su espíritu soñador, ha interpretado fielmente el divino evangelio del POETA.

La lectura de estos cantos coleccionados precipitadamente y sin previo examen, dirá al lector cuál ha sido hoy la modalidad de la elocuente poetisa, ya que ella, antes de iniciar una nueva etapa literaria, ha querido dar al público, á manera de ofrenda, la última floración de su primer ciclo artístico.

¿Qué tendencia ó qué credo sustentará mañana?

De renovación, sin duda. Porque quien no ha ido á beber inspiración en las fuentes de los maestros no volverá á los modelos de viejos clásicos que imponen las academias, sino que traerá en sus alforjas nuevas formas y modulaciones gratas que dirán del proceso evolutivo de su arte y señalarán una nueva orientación poética.

PEREZ Y CURIS.

Enero de 1910.

Limosna ideal

Para APOLO

Ilumina mis pasos; en mi senda
pon la misericordia de tus ojos;
llevo el alma entre sombras y entre abrojos
y no sé dónde colocar mi tienda.

Colma lá pequeñez de mis anteojos,
se mi ángel tutelar en la contienda,
dame á beber, como piadosa ofrenda,
el vino excelso de tus labios rojos.

Oye: mi corazón es un mendigo
que llega taciturno y sin abrigo
á pedirte merced para sus males.

Si tú tienes bondad no me abandones
que yo te pagaré con mis canciones
la limosna de amor que me regales.

F. RESTREPO GOMEZ.

Bogotá.

Setiembre

Esboza en la campiña una acuarela
De tierno colorido tu pincel,
En que un paisaje de oro se constela
Y una glorieta reflorece en él.

¡Oh, artista: frágil es tu estela
Como de un ósculo de miel
La fragancia que el labio anhela,
O como el eco de un rondel!

Pues pasas por el fango de la vida
Como una blonda mariposa herida;
Pues huyes mientras el jardín que viste

Desnudo aún, luce su pompa en flor.
¡Oh, artista de alma soñadora y triste,
Sea tu numen para un gran pintor!

PÉREZ Y CURIS.

A las Musas

Para APOLLO

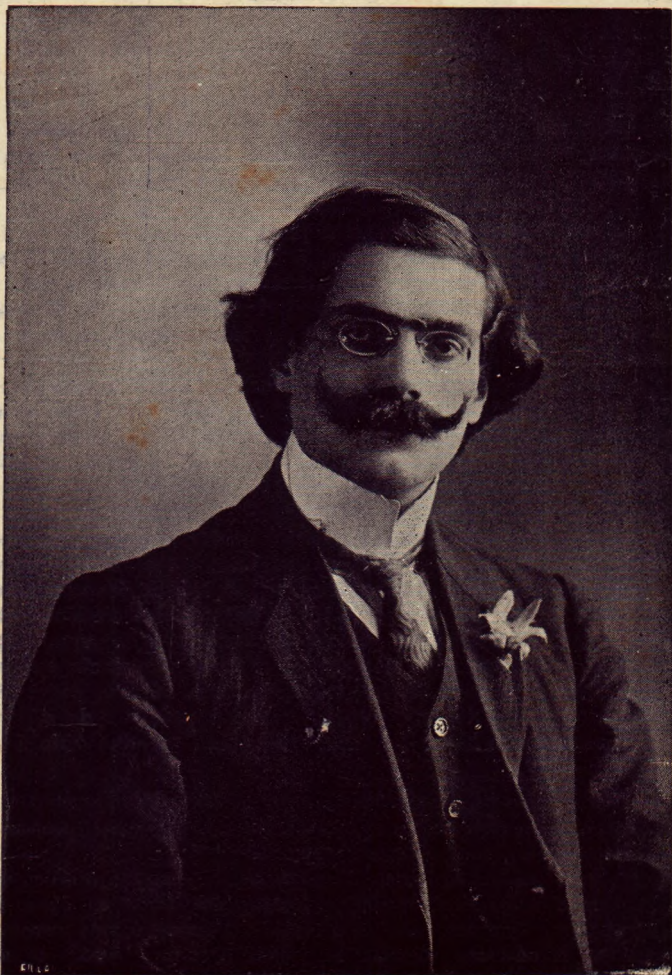
De Proclo, poeta lírico, floreciente en Alejandría, año 400 de N. E.

Cantemos, sí, cantemos
á la luz que levanta á los mortales:
del gran Júpiter son las nueve hijas,
las Musas, diosas de armoniosa voz.
Cuando errantes cruzaban nuestras almas
los senos de la vida,
por gracia de sus libros saludables
fueron santificadas,
libres ya del funesto
asalto de los duelos terrenales.
Por ellas aprendieron nuestras almas
sobre las hondas aguas del olvido
á elevarse y llegar al astro, puras,
á que su suerte se halla unida; al astro
abandonado otrora
cuando cayeron á las playas deste
existir, locamente enamoradas
de la materia. Oh, diosas: el tumulto
calmad de mis congojas y extasiadme
con las cuerdas palabras de los sabios;
haced de los impíos que la raza
no pueda desviarme del sendero
sagrado, luminoso,
fecundo. De entre el caos
de las desenfundadas muchedumbres
atraed mi alma errante á la luz santa,
constantemente; cólmenla los frutos
de vuestros caros libros, y que siempre
posea, permitidme,
el don de la elocuencia persuasiva.
Escuchadme, vosotras,
diosas que el gobernalle

de la sabiduría sacrosanta
á vuestro arbitrio maneáis; vosotras
que encendéis con las almas de los hombres
la llama que sublima;
vosotras que distante del abismo
tenebroso del mundo, arrebatáislos
á las regiones de los inmortales,
con la pureza de los cantos rústicos
santificándolos. Oh poderosas
salvaguardantes: escuchad; mostradme
la pura luz en los sagrados libros;
destruid la niebla que mis ojos cubre,
á fin de que distinga sin obstáculo
entre el dios inmortal y el mortal hombre
Que un maligno demonio no me tenga
eternamente lejos de los buenos
bajo las insondables
corrientes del olvido,
y que un castigo infausto no sujete
con lazos de la vida mi alma trémula
en medio de las frías
aguas de aquesta humanidad, mi alma
que vagar ya no quiere deste modo!
Oídme, diosas guías
del supremo saber que da la luz:
por entrar en la senda que á vosotras
conduce, yo me esfuerso; los misterios
y las iniciaciones
de las sacras palabras, reveladme!

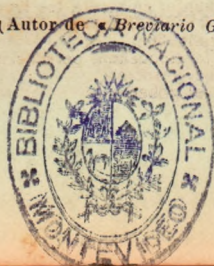
EDMUNDO MONTAGNE.

Galería de "Apolo"



ANGEL FALCO

(Autor de « Brecciario Galante »).



De Arturo R. de Carricarte

El "nacionalismo" en América (*)

(Glosa de un libro chileno)

en todos sus errores y llegar, como ella, al aniquilamiento fatal. Los Estados Unidos han querido, en todo tiempo, tener nación propia, nosotros hemos querido tener un mosaico de naciones en el que entren fragmentos de todos los exotismos excepto algo nacional y propio. Y así, en tanto que el coloso septentrional del Continente crece y medra, nosotros nos empobrecemos, ó cuando mucho, permanecemos estacionarios, y si adelantamos es á costa de la renuncia á todo lo que nos es propio y autóctono, transformándonos lentamente de país hospitalario en «colonia» de los pueblos extranjeros surgidos en la tierra nacional. (1)

Hace algún tiempo apareció en Venezuela una novela, «Don Quijote en América», en la cual su distinguido autor, satirizaba á un innovador (don Quijote moderno) que quería convertir predios abandonados en jardines públicos, corrales inmundos en jardines de aclimatación, hosterías en grandes hoteles, callejas intransitables en avenidas suntuosas, todo esto hecho en breves días. Del espíritu del libro trasciende una ironía despiadada contra los innovadores, contra los sinceramente progresistas. Lo que se narra en el libro como sueño insensato, es lo que á diario realizan los yankees en su tierra, transformando en semanas un yermo en una ciudad ó levantando los cimientos de Chicago para impedir que las filtraciones de las aguas en aquel lugar inadecuado socaven los cimientos de los edificios. Es decir que cuanto expone el libro en cuestión como ridículo y fantástico, como fruto de un afán inmoderado de progreso, lo vemos practicar cada día en pueblos que no solamente hacen esas maravillas sino que dan vida á pensadores

(*) En el número correspondiente á Marzo publicaremos la conclusión de este estudio. El exceso de material nos ha impedido hacerlo hoy como habíamos prometido á nuestros lectores. — *Nota de la Redacción.*

(1) En la página 86 de su obra, el señor Pinochet declara que en una visita hecha á los establecimientos ingleses del Norte, en Chile, por el Presidente de la República, asistieron todos los elementos más respetables á agasajar al mandatario «incluso la colonia chilena» según declaración del diario *El Mercurio* de 19 de Abril de 1909.

Y esto ocurre nada menos que en un país donde el patriotismo de sus repúblicas es tal, que para ellos Chile está por sobre todo y ante todo, como afirma Ernesto Quesada en su obra «La Política Chilena en el Plata», Buenos Aires 1895, página 26. Y esta afirmación tiene tanto más valor cuanto que su autor es realmente un observador imparcial, pero en caso de partidario se habría de inclinar, forzosamente, en contra de Chile.

como Emerson, literatos y poetas como Edgar Poe y Cooper, pintores como Sargent, inventores como Edison, dibujantes como Dana Gibson. País que atiende á todo, y que en sus escuelas enseña á transformar un grosero alambre en objeto de útil adorno, ó un trozo de madera en artefacto práctico y bello y, á la vez, á pensar y á crear belleza; que ha reducido á reglas matemáticas la creación novelesca (*The Science of Plot* by W. B. Ransden, New York, 1909), que ha organizado el negocio editorial en tal forma que son los editores los que solicitan á los autores y no éstos los que se humillan al impresor. Que han podido elevar á centenares de miles de ejemplares la publicidad de una revista de cuentos y novelas cortas, que ofrece pagar el más alto precio, «no á la más reputada firma, sino á la mejor producción» y que no tiene tasa en su presupuesto para aceptar originales (*The Black Cat*).

IV

Dos aspectos se denuncian en la obra del señor Pinochet: la acción disolvente del elemento extranjero y la desidia nativa para contrarrestarla; el desdén al trabajo y la incompreensión del ideal de la civilización moderna. En puridad la carencia de ideal es casi general en nuestra América. «Se necesita siempre como guía un ideal, (1) por distante que aparezca su realización. Si en medio de esos compromisos que por las circunstancias de los tiempos son ó se consideran como indispensables, no se tiene ninguna concepción de lo mejor y lo peor en materia de organización social, si nada se ve detrás de la exigencias del momento y se adquiere el hábito de identificar el bien inmediato con el bien definitivo, no puede entonces haber verdadero progreso. Por remoto que se halle el fin y aunque frecuentemente los obstáculos interpuestos nos obliguen á desviarnos del camino más corto, es evidentemente indispensable saber donde se encuentran.» Nosotros hemos desdenado esta suprema orientación, y al organizar los servicios trascendentes del Estado, la instrucción, la distribución administrativa y hasta, en algunos países, la misma organización política, hemos seguido los más varios rumbos sin prefijarnos una línea predominante de conducta ni cohesionar los elementos diversos encaminándolos hacia una finalidad común. Todavía el general Mitre se muestra más severo: «en la masa general de nuestros países, dice, se observa la ausencia de todo ideal». (2) De ahí el que sea estéril cuanto esfuerzo se ha realizado para asegurar el éxito de instituciones excelentes pero deficientemente comprendidas. Chile nos ofrece un ejemplo elocuente con la revolución de 1891: en ella se dilucidó una cuestión radicalísima de principios: el movimiento que encabezara don Jorge Montt sustentaba como programa la supremacía del Congreso abrogándole la suma de los poderes públicos en tanto que Balmaceda, el ilustrado suicida, defendía el principio de la división de los poderes y de las prerrogativas inherentes al Poder Ejecutivo. Y véase como ni el que á juicio de los revolucionarios encarnaba una política centralizadora

(1) Herbert Spencer: «El individuo contra el Estado», página 222.

(2) «Historia de San Martín», página 25, I.

al grado de que se le acusaba de ejercer la tiranía, ni los que se lanzaron á la lucha armada en nombre de la democracia y la descentralización, pusieron coto á la creciente absorción de los colonos extranjeros. Y cuenta que durante la actuación de Balmaceda desde el 28 de Septiembre de 1887 hasta el 17 de Julio de 1891 se llevaron á cabo obras públicas de incuestionable importancia, no siendo las menores las relativas á la instrucción pública que fué notablemente reformada. La obra de Balmaceda, la obra de sus antecesores, la obra de Montt y de sus sucesores mancó en lo esencial, en lo definitivo de su orientación patriótica: ni esas obras públicas, ni la educación popular tuvieron un objetivo nacionalizador: las fuerzas vivas del país, sus recursos económicos, y el contingente más lucido de sus ciudadanos, destinóse en unos casos á las obras de ingeniería, en otros, con decidida preferencia, á realzar el ejército para garantizar la independencia del Estado contra los ataques del exterior. Se vió, y Chile apercibióse para tal evento, la posibilidad de un choque con pueblos extranjeros que debilitase ó perdiese la independencia del país, pero no se advirtió el lento y continuo laborar del enemigo interno, la absorción del sentimiento, del concepto, de la riqueza de la patria por las colonias extranjeras en todo el territorio establecidas, que mantenían integérrimo el sentimiento de la patria nativa en contraposición al desprecio que el nativo les inspiraba; el nativo que le había cedido insanamente sus tierras, su riqueza, su industria y su cultura misma. “

Y allí donde la tierra está monopolizada, dice Henry George (1) sus habitantes caerán forzosamente en una condición que aun cuando se vean recompensados con títulos y apariencias de libertad, lo será virtualmente de esclavitud. Basta aplicar este principio económico á los fenómenos sociales en general, y especialmente al desenvolvimiento político de los pueblos en formación, para comprender que, lógicamente, «una nación que pierda el dominio de sus tierras monopolizadas por el extranjero, cualquiera que sea su apariencia de libertad será virtualmente esclava».

Estudiando los efectos de la invasión árabe en España, dice Buckle, (2) «la invasión mahometana empobreció á los cristianos, la pobreza engendró la ignorancia, la ignorancia engendró la credulidad quitando á los hombres el deseo de comprender por sí mismo». La pobreza, pues, del nativo, en frente á la preponderancia del extranjero, es fuente de males innúmeros y de consecuencias fatales.

De otra parte, las excesivas franquicias otorgadas á una colonia extranjera dentro del territorio patrio, así como las excesivas concesiones hechas á otra nación más poderosa, están muy lejos de asegurar en la práctica el que la colonia se solidarice con el país de su residencia y de alcanzar de la nación favorecida una reciprocidad equivalente. Por el contrario, los hechos demuestran que está en razón inversa de las concesiones del pueblo débil la consideración y el respeto que el pueblo fuerte le otorgue. Del primer caso puede ofrecerse un ejemplo en la colonia yankee establecida en la isla de Pinos, te-

(1) «Progress and Misery, London, 1894, página 47.

(2) Henry T. Buckle: «Bosquejo de una Historia del intelecto español!», página 28.

territorio de la República de Cuba; no obstante las liberalidades que el Gobierno cubano otorgó á esa colonia, ésta no tuvo reparo, en 1907, para pretender erigirse en dueña del territorio y pedir la incorporación de la pequeña isla á los Estados Unidos, desconociendo, con hechos, las autoridades locales, dependientes del Gobierno de Cuba. Sabido es que la administración del general Díaz no ha escatimado esfuerzos para atraerse la benevolencia del gobierno de Washington á la mira de obtener de éste la represión y aún la prevención de cualquier conato revolucionario encaminado contra la administración de Díaz, que intentara organizarse en territorio yankee; pues bien, no obstante la innúmeras deferencias y concesiones de toda índole que por espacio de más de diez años México ha venido haciendo á los Estados Unidos del Norte, éstos, cada vez que el interés nacional mexicano ha tenido necesidad de su cooperación, se han mostrado remisos cuando no hostiles. En 1906 estalló en Cananea, en las minas que regenteaba el yankee Mr. Green, una huelga de los mineros mexicanos en aquel fundo establecidos, é inicuaamente explotados; Cananea está en la frontera de los Estados Unidos, en el estado de Sonora y Mr. Green, no tuvo reparo en llamar fuerzas yankees que gustosamente violaron el territorio de México para fusilar inermes mexicanos. Semejante hecho provocó las iras populares; México vibró lleno de noble indignación, la prensa independiente denunció el hecho y exigió del Gobierno que demandase la reparación condigna; la Cancillería de Washington se negó resueltamente á ello y tan sólo pudo obtenerse que se aviniera á declarar que las fuerzas invasoras habían traspuesto la frontera á pedido del Gobernador de Sonora, señor Izabal, y que dichas fuerzas no llegaron en formación ni como ejército nacional de los Estados Unidos, sino únicamente como fuerza policial cuyos auxilios habían sido requeridos por autoridad competente. Es de advertirse que aún habiendo ocurrido los hechos en esa forma, siempre resultaban violadas las constituciones del Estado de Cananea y la federal de México que exigen para la admisión de fuerzas extranjeras dentro del territorio mexicano requisitos prolijos, todos omitidos en aquella inolvidable ocasión. La única satisfacción efectiva que se otorgó á la opinión pública fué la destitución del gobernador Izabal. Todavía hay más: un año apenas después de haberse suscrito un contrato entre los gobiernos de México y Washington, en el que éstos obtenían el usufructo de la espléndida bahía Magdalena para ejercicios de tiro y prácticas de la Escuadra Blanca, casi sin limitaciones, concesión que indignó al país, un cónsul mexicano fué atropellado villanamente en la ciudad de El Paso, por un oficial de policía de esa ciudad. La cancillería mexicana sólo pudo obtener de la de Washington, la promesa de que se investigaría el caso, pero ni el castigo del culpable y ni aún siquiera las garantías pedidas por el atropellado funcionario. (1)

El cónsul comunicó al canciller mexicano, señor Ignacio Mariscal, su temor de ser nuevamente agredido. En efecto., menos de dos meses después era víctima de un segundo atropello, esta vez mucho más brutal, pues las violencias que sufrió le retuvieron en cama largos

(1) *El País*, México, año XI, núm. 3.681, 24 de Abril de 1909.

meses. El cónsul reclamó nuevamente, la cancillería pasó otra nota á la de Washington y tras una larga tramitación se obtuvo, por todo desagravio, la imposición de una multa de cien pesos (cuando la legislación del Estado de Texas para delitos de las circunstancias de éste, señala mil pesos de multa y dos años de prisión) al policía yankee, pero ni siquiera se logró la indemnización de los daños materiales inmediatos y los perjuicios consiguientes experimentados por el cónsul. Poco tiempo después este funcionario era destituido. Sería demasiado malicia el suponer que tal destitución tuviera por objeto impedir un nuevo atropello al desamparado representante mexicano; pero, claro está, exonerado éste de su calidad consular, sería en lo sucesivo asesinado como simple particular y no como un representante de nación amiga, con lo cual quedaría á salvo el decoro de México y garantido de todo riesgo contra el agresivo esbirro texano, el maltrecho Derecho de Gentes violado con admirable contumacia. Parece que los casos citados, ya que son hechos de veracidad indiscutible, prueban, con más elocuencia que cualquier argumentación, la inocuidad de la tolerancia y lenidad de nuestros países en puntos atañaderos á su seguridad, á su interés y hasta á su decoro, para con las colonias extranjeras establecidas en su seno y para con las naciones poderosas de cuya amistad tienen pruebas tan fehacientes como las que los Estados Unidos han dado á México en el siglo último librándolo del magno problema de organizar y fomentar los estados de Nuevo México, Texas y California.

—♦♦—
A L F A

A Amador Sánchez.

Para AFOLO.

—El Pasado—El Futuro—La Esfinge de la Vida—
Recuerdos, esperanzas, mutismo de las cosas—
Un visionario pinta la Tierra Prometida,
Una mujer contempla un manojo de rosas.

La Aurora es Alegría y la Tarde es Tristeza—
Las estrellas nos miran desde remotos cielos,
La Historia de los pueblos sueña con la Grandeza,
Las almas acarician sus fervientes anhelos.

¿Qué fueron Sakiamuni, Jesucristo, Mahoma?—
Su voz suena en los siglos luchando con la Muerte—
La Crítica destruye y la Fe se desploma—
¿Wagner? ¿Tolstoy? Vencidos—Sólo Nietzsche es el fuerte.

Las bacantes no ríen en los valles de Grecia—
Las sirenas no bordan su canto deslumbrante—
¿Progreso? Norte América—¿Agonía? Venecia—
Don Quijote en derrota—Sancho Panza triunfante.

¿Me sepultan las sombras ó la luz me ilumina?
¿Me avasalla el Olvido? ¿La Victoria me espera?
Nada sé—Todo ignoro—Mi vida es una encina
Solitaria que escucha trinar la Primavera...

JULIO RAUL MENDILAHARSU.

Plegaria

Para APOLO.

Restaña este dolor en el que vivo
tan huraño de todo lo que existe;
torna tu corazón menos esquivo
á la mirada de mis ojos, triste.

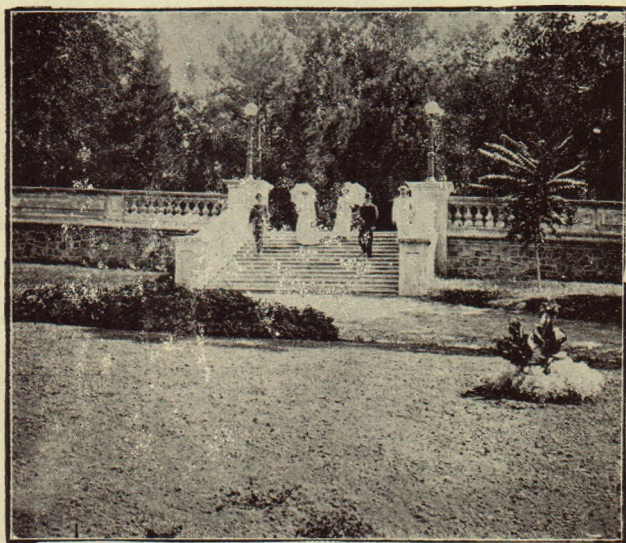
Tengo un presentimiento compasivo
que de ilusiones mi esperanza viste:
he de besar tu rostro pensativo
aunque en negarlo tu hosquedad persiste.

Disipa este pesar que tiene opreso
mi delirante espíritu sombrío
al rojo sortilegio de tu beso;

bríndame en copa de piedad tu ofrenda,
que, esclavo de tu amor y tu albedrío,
sabré ser el "Don Juan" de tu leyenda.

Juan SERRANO.

Caracas.



EL PRADO — MONTEVIDEO

?

Para APOLO

Sei proprio pazza; degna di rimpianto
Se ancora credi che a te porti amore,
Te ne portai... si t'adorai... e tanto
Ma ora non mi fai altro che orrore.

No, non lo creder: toglì dalla mente
Tali pensier, or mi fai sol ribrezzo,
Come te, sonvi a mille fra la gente
E a te non serbo ch'odio e ti... disprezzo.

Sogno

T'ho riveduta, quegli occhioni neri
Pei quali un giorno ho tanto spasimato,
Quegli occhioni sì belli e menzogneri
Li ho contemplati, ma non ho tremato.

E m'hai parlato: la tua dolce voce
Scendeami nel cor quasi armonia
Del ciel, ed una lotta barbara... feroce
A lungo conturbó l'anima mia.

Di nuovo mi dicesti che il tuo amore
Per me non ha più fine né misura,
Ed io senz'un sol fremito nel core
Ti domandai: *Ne sei proprio sicura?*

Le braccia tu allungasti per baciarmi
E in ginocchio giurasti che ne ardevi:
Ma io peggio ancor freddo de'marmi
Ti risposi un bel *no*, ché tu fingevi.

G. MOLA.

EL MONOR, MUJER!

I

—La señorita Elida, presa! La llevan en un carruaje con el señor y Pepa!

—¿Pero qué dices?—respondió Antonio, el mucamo de la casa

—Pues que, ¿no sabes lo que ha pasado?

—Cuenta, cuenta! Haz prisa, mujer...

Y Carmen, la cocinera de la familia, sin saber como comenzar, habló:

—La señorita ha muerto al hijo...

—Calla, bruta! Calla, que si te oye la señora, bonita te va á dejar!

—Sí, hombre, si es cierto. El novio que tenía la dejó gruesa y el señor que sospechaba de algo la amenazó con encerrarla en un convento si deshonoraba á la familia. La pobre, por supuesto, se apretaba el corsé para disimular y el señor no notaba la cosa. Los otros días dió á luz, apretó la garganta á la criatura y la envió á tirar por la mucama. Pepa arrojó el bulto contra un portón, pero la vió un vigilante y la siguió. Ella echó á correr y entró aquí. Pero el vigilante fué á ver lo que era el bulto y se encontró con la criatura muerta. El asunto es que vino el comisario y la pobre Pepa asustada confesó la verdad. Ahora acaban de llevar á los tres en un carruaje...

II

—Dime, Antonio, pero es una canallada que Pepa esté en la cárcel. ¿Por qué soltaron al patrón y á la señorita y á ella no?

—Es que el patrón tiene muy buenos amigos y con un poco de plata arregló el asunto. Se ha dado también á Pepa una cantidad prometiéndole que saldría en-

seguida para que ella dijera que el nene es su hijo. y la infeliz ha caído en la tontera...

—Pero, ¿los doctores de policía no revisan?

—Los doctores dicen lo que les mandan los superiores, de lo contrario los echan del empleo.

—Pero esto es una barbaridad! Si ella no ha cometido la falta, ¿por qué la ha de pagar?

—El honor, mujer! El honor!... Si la gente sabe que Elida ha hecho eso, las demás hermanas no podrán encontrar marido, pues nadie las querrá...

—Ah! el honor!... Y dime, Manuel: ¿Los pobres, no tenemos honor?...

—Pero qué torpe eres. El honor es la sociedad, esas reuniones que efectúan los señores, como aquí los viernes.

—Entonces, se pierde el honor cuando se hace una cosa que á la sociedad no le gusta?

—Seguramente, mujer.

—Y á la sociedad le gusta que las mujeres casadas sean queridas de los amigos de la sociedad?

—¿Cómo le ha de gustar? ¿A quién le gusta eso?

—Y entonces, como don Blas, Enrique el sobrino de la señora y otros que tú sabes, son de la sociedad y todos están enterados de lo que hacen sus mujeres?...

—Pero entre ellos...

—Ah! entre ellos... Pero Elida y Carlitos el novio, son de la sociedad y sin embargo...

—Sí, pero ellos no son casados y no siendo casados...

—Ah, sí, sí! no siendo casados, el hijo...

—No tiene editor responsable, mujer, ¿entiendes?...

MARCOS FROMENT.

Otoñal melancolía

Para APOLO.

En aquella tarde triste, Cárlos Milet no tuvo, como otras veces, ansias de apurar en pequeños y seguidos sorbos la favorita bebida. Se hallaba ante él la rebotante copa sobre la fría mesita de mármol, al parecer desprovista de la subyugante atracción de otras horas.

Aquel solitario, taciturno caballero de oscura barba entera, de nariz más acentuadamente aguileña sobre el rostro enflaquecido y cuyos ojos grises, ojos con extraños fulgores de fiebres que evocaban la mortal palidez de los aceros, dejó vagar su mirada tras los cristales de la amplia galería.

En el jardín de otoño era el miraje. El cielo plomizo, cejijunto el horizonte anunciador de borrasca, la tierra falta de alegrías y de encantos, y el viento frío, cuyo rumor hiciera pensar en cosas muertas, deshojaba implacable las últimas rosas enfermas.

Desolación inmensa en el paisaje yerto.

En el alma de Milet, que contemplaba aquello, comenzaron á florecer las flores sin perfumes, las flores pálidas de la más honda, de la más punzante de las melancolías. Irremediablemente se juzgó un fracasado, un vencido por siempre frente á la vida.

Como en los instantes postremos de los dramas humanos, en que por un minuto los protagonistas tienen la lucidez completa, absoluta, de lo que han sido, Milet

apuró el acíbar moral de todo lo estéril, de todo lo infecundo de sus años.

Indolentemente dejó caer su busto. Tomaba ahora el melancólico, un relieve doloroso y artístico á la par que bien pudiera simbolizar en una tela la Amargura. Su barba, en el desfallecido inclinarse de la faz, rozaba la fina y delicada corbata modernista; sus ojos á medio cerrar parecían abstraídos en algo muy interior, sin mirar, sin seguir por un momento las azuladas espirales del humo perfumado del habano que las manos exangües del doloroso, sostuvieran.

A cada instante se abismaba más en su tormento; comprendía que la voluntad, que el entusiasmo y el optimismo creador en él, habíanse esfumado,—sufría la pena de quien no ha cumplido la ley de la vida. Por un momento se comparó á los árboles que iban quedándose desnudos;—los años le fueron así arrancando la esperanza y en vez de dejarle como á los arbustos, oscuros, esqueléticas las ramas, dejábanle á él blancos, nevados los cabellos de las sienes, que no alentarían ya, un sólo, un pequeño y azulado ensueño.

El viento inclemente seguía y del cielo caían las primeras enormes gotas de agua, preludio de lluvia sonora y copiosa.

ANDRÉS T. GOMENSORO.

No es amor

No es amor ni deseo
Lo que me lleva á ti para admirarte,
Te admiro, como veo
Una joya del arte.

Como miro en el Louvre á la Gioconda
Irónica, risueña y pensativa;
Ni le hablo, ni quiero que responda
Como si fuese viva.

Aparte

Sigue para todos desdeñosa y fría,
Y que un vago ensueño
Sea el único dueño
De tu fantasía.

Me miras, y callas, con rostro risueño;
En tu oído cándido; qué cosas diría,
Si no fuese un loco é imposible, empeño
Que yo fuese tuyo y tú fueses mía!

FRANCISCO A. DE ICAZA.



VISTA DE MONTEVIDEO

Ingenuamente

Tú, que esperas amor de los amores,
Pobre poeta que pusiste un día
Tu esperanza en el búcaro de flores
Que por piedad te dió la Poesía.

Tú, que si te hieren los dolores,
Secas la sangre y dices: Dios no envía
Dolores, sino á aquellos pecadores
De alma oscura y torcida cual la mía.

Caracas-1909.

Para APOLO.

Goza ahora del cielo, ya que élla
Prendió en tu cielo la primera estrella;
Y en la heredad humilde de tu vida.

Un haz de los claveles matizados
Con la blancura de su tez dormida
Y el rojo de sus labios encarnados.

LUIS CORREA.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

El Sacrificio de Márgara (NOVELA), POR BENIGNO VARELA. — *Librería de Pueyo. — Madrid.*

La realidad se ha encargado de confirmar el triunfo que en estas mismas páginas auguré á Benigno Varela con motivo de leer su novela *Senda de Tortura*. En efecto, el novelista se ha integrado en su nuevo libro; *El Sacrificio de Márgara* es una novela pasional de generosos sentimientos y delicada psicología. Las escenas allí descritas revelan un espíritu observador y un corazón de artista, que han aunado sus esfuerzos para exteriorizar á la vez sus emociones. Cuanto á la prosa de Varela, mi opinión es invariable; hallo en ella frescura y vigor, á pesar del crítico de *Nuevo Mundo*, que ha querido encontrarla llena de americanismos. El tal crítico se me figura un pobre maestro de escuela ó un tonto de capirote que á fuerza de respetar la gramática, incurre en barbaridades de todo calibre. ¿Quién le ha dicho á él que no se debe innovar enriqueciendo el léxico y dando á

la cláusula más pureza y morbi-
dez que nuestros clásicos?

Prosiga Beigno Varela con esa su prosa de combate salpicada de nuevos giros, y no haga caso á las pedantescas observaciones de aquel crítico cuya ceguera no le permite ver grandes poetas en España.

Mármoles y Lirios, POR R. PÉREZ ALFONSECA. — *Santo Domingo.*

Es un pequeño volumen de versos suaves y afiligranados. El joven dominicano se revela poeta de imaginación exuberante y exquisito buen gusto. El poema *Romeo Trágica*, dedicado á Villaespesa, rebosa sentimiento y espiritualidad.

Almanaque Ilustrado del Uruguay, DIRECTOR: RICARDO SÁNCHEZ. — *Montevideo.*

El ejemplar correspondiente á 1910 contiene valiosas colaboraciones y retratos de escritores nacionales y extranjeros. Hay en él—además de las firmadas por nuestros literatos—composiciones de Amado Nervo, Chocano, Ugarte, Rubén Darío, Carricarte, etc. etc.

PEREZ Y CURIS.

Nuevos libros recibidos

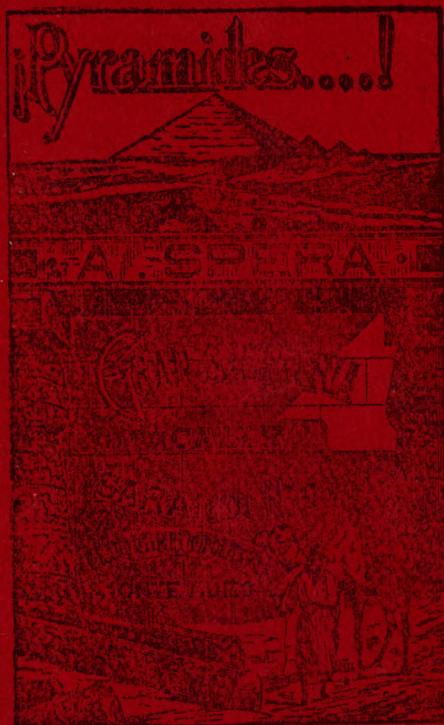
FEMINISMO JURÍDICO, por M. Romero Navarro (Madrid); CANTOS DE LA MAÑANA, por Dalmira Agustini (Montevideo); ULISES (Novela argentina), por G. Laurencena (Santa Fe); AMITOLOGÍA, por Am-

broasio L. Ramasso (Montevideo); CREPÚSCULOS (poesías), por Fernando y Francisco Lles (Matanzas); BREVIARIO GALANTE, por Angel Falco (Montevideo).

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de \$ 10.00	á \$ 22.00		
Jacquet	\$ 22.00	\$ 28.00	forro de seda	
Smoking	\$ 18.00	\$ 28.00		
Levita	\$ 30.00	\$ 40.00		
Frac	\$ 30.00	\$ 40.00		
Sobretodos	\$ 12.00	\$ 22.00		
Pantalones	\$ 2.00	\$ 7.00		
Chalecos fantasía	\$ 1.00	\$ 5.00		

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

LIBRERÍA Y PAPELERIA DE LA FACULTAD

DE

MAXIMINO GARCIA

Obras de fondo para profesionales; Matemáticas, Derecho, Ingeniería, Medicina, Jurisprudencia, Filosofía, Literatura, Historia y Arte

+ + TEXTOS ESCOLARES Y UNIVERSITARIOS + +

- - - suscripción á diarios y revistas extranjeras - - -

Llamo la atención sobre las novedades literarias recibidas últimamente

GRAN VARIEDAD EN POSTALES

— — — ÚTILES DE ESCRITORIO Y PAPELERÍA

— — — 23 de Mayo 134, entre Colón y Solís — — —

Si es usted forastero y no conoce la ciudad, no tiene que preguntar nada á nadie, todo se lo explicará : : : : LA GUIA : : : :

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, *Tranvías*, Mensajerías, etc. — *Plano completo, nomenclator y descripción de la ciudad*
Montevideo en el bolsillo

- - - ÚNICA EN SU GÉNERO - - -

APOLO

- Revista de Arte y Sociología -

Única de su índole

en el Uruguay

\$ 0.15 el ejemplar
edición económica

Administración: PÉREZ CASTELLANOS, III



APOLO



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Para avisos ocurrir al sub-administrador: Alberto Illich y Veracierto

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ANUAL

Edición económica	\$ 1.80	oro
» de lujo	» 2.40	»



Administrador: LUIS PÉREZ

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —